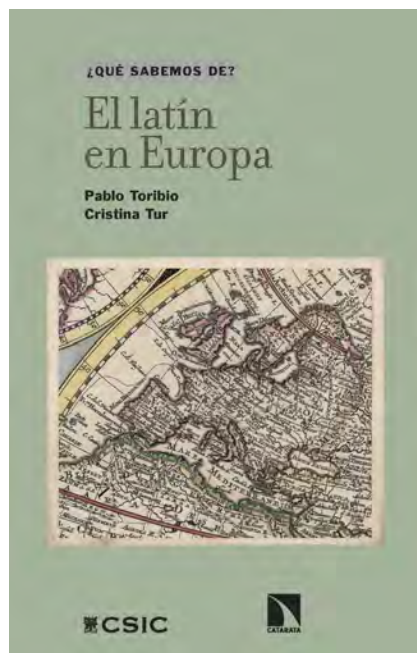


El latín como intérprete del complejo entramado cultural de Europa

Esteban Bérchez Castaño



Toribio, Pablo y Tur, Cristina, *El latín en Europa*, Madrid, CSIC-Catarata, 2025, pp. 106

CITABA Ricardo Moreno, profesor de Matemáticas y apasionado del mundo clásico, en su libro *Los griegos y nosotros. De cómo el desprecio por la Antigüedad destruye la educación* (Fórcola, Madrid 2019, pp. 30–31), un comentario que un profesor de Sociología había puesto en su blog sobre el hecho de que en el bachillerato de excelencia de la rama de Humanidades y Ciencias Sociales se impartiera obligatoriamente Latín:

No esperaba semejante sandez. Aunque llevo decenios oyendo y leyendo los argumentos de la SEEC y de legiones de profesores y estudiantes de latín, nunca he podido tomarme en serio su pretensión de que este es necesario para dominar la lengua castellana (o cualquiera otra romance), para recuperar el legado clásico, para educar en la tolerancia o como centro de las humanidades, etc. Dudaría de su inteligencia si no comprendiera que, al fin y al cabo, están luchando por sus puestos de trabajo, presentes y futuros. Las 'humanidades' de hoy se llaman, como siempre, Literatura, Historia, Geografía, Arte... y también Derecho, Economía, Sociología, Antropología, Comunicación..., pero en ningún caso Latín ni Griego.

Obviamente no es este el lugar para rebatir tal afirmación, ni creo que merezca la pena. Sin embargo, nos viene muy bien esta crítica para justificar el libro que reseñamos: una historia del latín que, al fin y al cabo, viene a ser casi una historia de la humanidad y de sus progresos, pues gran parte de nuestra historia ha sido escrita y rubricada en la lengua del Lacio... y conocer el pasado y reflexionar sobre cómo se han transmitido los conocimientos nunca es una pérdida de tiempo y siempre acaba siendo provechoso por cuanto que permite la reflexión sobre la condición humana y, desde el conocimiento de las civilizaciones pretéritas, fomenta la comprensión, en su sentido más amplio, y, sí, también la tolerancia y el respeto por otras lenguas y culturas.

Pero, habría que tener en cuenta, además, que el latín no es pasado, antes al contrario, la visión diacrónica que aporta *El latín en Europa* permite constatar que se trata de una historia de más de 2500 años que va desde la fundación de Roma, allá por el s. VIII a. C., hasta la actualidad y, en absoluto, se detiene, sino que está en continuo avance, adoptando los ropajes que las circunstancias le requieren. El libro que reseñamos ahonda en el latín desde una perspectiva atractiva, por medio de la llamada alta divulgación, que suele cumplir tres rasgos primordiales: lenguaje claro, rigor científico y concisión expositiva, y quienes se atreven a escribirla —pues transmitir los conocimientos de forma que un gran número de personas los entienda y los disfrute es un atrevimiento por difícil— suelen ser personas muy expertas en aquello sobre lo que hablan. Este libro no es una excepción. Pablo Toribio, especialista en textos latinos producidos entre la Reforma y la Ilustración, cuya tesis doctoral sobre los escritos teológicos inéditos de Isaac Newton (2007) es solo una pequeña muestra de su acervo académico, y Cristina Tur, miembro del grupo de investigación «Cultura y civilización latina en sus textos: de la Antigüedad Tardía al Renacimiento» y versada en lingüística computacional y en la digitalización de textos clásicos, afrontan la titánica tarea de recopilar en apenas cien páginas lo más relevante del saber transmitido en lengua latina, siendo conscientes, y lo resaltan desde

el principio, de que su exposición «necesariamente presentará omisiones que el especialista no tardará en notar» (p. 10). Omisiones, por otro lado, inevitables cuando el número de páginas viene impuesto por motivos editoriales y cuando la visión que se quiere dar del tema es tan amplia. De hecho, esta colección *¿Qué sabemos de?* de las editoriales Catarata y CSIC busca, según reza en su página web, presentar «el estado de la ciencia a través de textos breves y asequibles elaborados por los mejores especialistas españoles».

Los autores pretenden «trazar una panorámica general de la producción en latín en la historia de Europa y mostrar con ella la relevancia de la lengua latina, muy en particular en sus manifestaciones escritas, para la historia cultural e intelectual europea» (p. 9), aportando así su grano de arena para desenredar el complejo entramado cultural de Europa. De ahí que se enumere una ingente cantidad de textos de diversa índole, variado contenido y amplia cronología, para incidir en la presencia del latín en la configuración del pensamiento europeo, y también mundial, pues no olvidemos que la cultura occidental —incluso aquella allende el Atlántico— se asienta en la impronta dejada por las civilizaciones griega y romana principalmente.

Entre los numerosos datos que podríamos extraer de sus páginas, válgannos de ejemplos aquellos que nos han resultado más llamativos. La romanización no implicaba una prohibición en el cultivo de las costumbres o en el uso de la lengua propias del territorio conquistado. Por eso «la realidad del Imperio romano en su conjunto fue siempre plurilingüe» (p. 27) y autores como Terencio y Apuleyo, ambos de origen africano y a tres siglos de distancia el uno del otro, seguramente hablaban púnico, una lengua semítica. La literatura griega fue conocida en parte gracias a las traducciones al latín de autores clásicos como Livio Andronico que tradujo la *Odisea* homérica (s. III a. C.), el poeta Catulo que vertió a Safo (s. I a. C.) o Cicerón a Platón y Jenofonte; y, en parte, por los estudiosos medievales como Jerónimo (ss. IV–V), que tradujo la Biblia, o Boecio (ss. V–VI), que dio a conocer la obra *Organon* de Aristóteles (pp. 35–36), destacándose la importancia de la traducción al latín para la transmisión de conocimientos. Por cierto, que no solo se tradujo del griego, pues uno de los manuales de agricultura más famosos de la Antigüedad fue el del cartaginés Magón (s. II a. C.), cuya obra fue traducida al latín por orden del senado romano e influyó en autores como Virgilio o Columela.

Eulogio de Córdoba (s. IX) llevó a cabo una «guerra cultural contra los musulmanes» y, para ello, hizo todo lo posible por dar a conocer la literatura latina entre los mozárabes de la península ibérica, haciendo acopio de manuscritos de diferentes autores, entre ellos Virgilio o Agustín (p. 40). Gracias a que el fuero otorgado a la ciudad de Vitoria en 1181 por Sancho VI de Navarra estaba

en latín se sabe que antes se llamaba Gasteiz (*antea vocabatur Gasteiz*) o que, si hoy en día utilizamos «carta magna» como sinónimo de «constitución» es porque el rey de Inglaterra Juan I otorgó en latín (1215) la *Gran carta de libertades* (*Magna carta Libertatum*), que «fundamenta los derechos individuales en la jurisprudencia inglesa y después norteamericana» (p. 42). Las actuales



El Brocense según un retrato idealizado elaborado en el siglo XVIII

«tesis doctorales» toman su nombre de los «pliegos de tesis» que en la Edad Moderna se imprimían «para anunciar las tesis que se iban a debatir en una futura *disputatio* pública» (p. 45). Las primeras universidades, llamadas *studia generalia*, de entre los siglos XII y XIII, como las de Bolonia, París, Oxford o Salamanca, así como las posteriores tomaron el latín como lengua vehicular del conocimiento y el término «universidad» viene de la expresión latina *universitas studiorum*, que «se refería a la entidad corporativa y jurídica que constituía cada universidad» (p. 44); del mismo modo que la palabra Humanismo proviene de *studia humanitatis*, «la manera de referirse en latín clásico a la cultura literaria y a la educación en general, conceptualizadas como aquello que define al ser humano» (p. 57). Y tan importante fue el latín para la enseñanza universitaria que se impuso su uso en muchas de ellas como obligatorio, de ahí que el Papa Martín V le diera en 1422 a la Universidad de Salamanca unas Constituciones donde se decía que «No se escuche a nadie si no habla en latín» (*nullus audiatur nisi latine loquens*). Sin embargo, el latín que se hablaba no debía de ser muy correcto y uno de los profesores de gramática de dicha universidad, Francisco Sánchez de las Brozas, llamado «el Brocense», sintiendo que quien hablaba latín destrozaba el latín clásico, escribió, en la paradoja II de su *Minerva seu de causis linguae Latinae* (1587), que «hablar en latín corrompe la propia latinidad» (*latine loqui corrumpit ipsam latinitatem*; p. 81).

El latín también sirvió como lengua de transmisión de los conocimientos



Europa recens descripta à Guilielmo Blaeuw

indoarábigos, sobre todo los matemáticos, pues en esta lengua se tradujeron tratados como *Sobre el número de los indios* (s. IX) del matemático Mohamed ben Musa al-Khwarizmi, cuyo nombre dio lugar, al parecer, a la palabra «algoritmo» (p. 46). La Edad Moderna, que abarca desde el s. XV hasta el XVIII, ha producido muchos más textos en latín que los escritos en la Antigüedad y la Edad Media juntos, en parte, sin duda, por la invención de la imprenta (p. 55). El humanista Annio de Viterbo, llevado por su voluntad de notoriedad y de dar —de manera fraudulenta— prestigio a la monarquía hispánica, hizo pasar por obras clásicas redescubiertas composiciones suyas (p. 63). Andrés Laguna, médico segoviano, pronunció en 1543 un discurso en latín titulado *Europa heautentimorumene* («Europa que se atormenta a sí misma»), dando una imagen de Europa «como una anciana enferma próxima a la muerte» (p. 74).

A lo largo del libro se esparcen, a su vez, pocas, pero muy selectas, citas en latín que no está de más anotar, ya que suscitan y estimulan la reflexión. La archiconocida cita horaciana «Grecia, una vez conquistada, conquistó a su fiero vencedor e introdujo las artes en el agreste Lacio» (*Epistulae* II 1,156–157: *Graecia capta ferum victorem cepit et artes / intulit agresti Latio*; p. 18), manifiesta la importancia del peso que Grecia tuvo culturalmente en Roma y, no viene mal para meditar sobre la influencia que ejercen otras civilizaciones (y lenguas) en la nuestra y el valor que aportan. En el verso de Rutilio Namaciano: «hiciste una

única patria de diversos pueblos» (*De reditu suo* I 63: *fecisti patriam diversis gentibus unam*; p. 37), se muestran las conquistas de Roma «como el instrumento de un proceso civilizatorio para los pueblos (occidentales) sometidos» y nos permite extender este pensamiento a otros acontecimientos históricos. La frase del teólogo Hugo de San Víctor (s. XII) «aprende todo y verás después que nada es superfluo» (*Didascalicon* VI 3: *omnia discite, videbitis postea nihil esse superfluum*; p. 45) viene muy bien para entender que es importante saber, sin buscar una utilidad inmediata, cuantas más cosas mejor y, a ser posible, de diferentes disciplinas, para adquirir un conocimiento general más susceptible a la reflexión.

Pero el libro no se queda en un simple desarrollo del latín, sino que sus autores, estimulados por su espíritu científico, van aportando información sobre proyectos que se están realizando en la actualidad para poner en valor el latín en la historia: el CSIC, por ejemplo, lleva a cabo la confección del *Glossarium Mediae Latinitatis Cataloniae*, con el fin de hacer accesibles aquellos textos latinos confeccionados en territorio de dominio lingüístico del catalán entre los ss. IX y XII (p. 42). *The European Qu'ran* es un proyecto financiado por el Consejo de Investigación Europeo y dirigido desde el CSIC, que estudia las traducciones del Corán y el Talmud (p. 47). El proyecto oxoniense *Early Modern Letters On Line* pretende recopilar las cartas escritas en latín en la Edad Moderna (p. 84). Y no dejan de lado futuros campos de estudio, aun por explorar en profundidad, como «el trasvase del latín escolástico a las lenguas vernáculas europeas, tanto romances como no romances» (p. 54) o todo aquello recogido en el último apartado del libro: «Horizontes de investigación» (pp. 98–102), de donde nos permitimos extraer unas interesantes ideas:

Irónicamente, el ingente volumen del patrimonio textual latino corre el riesgo de quedarse mudo, por estar escrito en una lengua cuyo conocimiento se daba en el pasado por supuesto entre las élites cultas pero que hoy casi nadie puede leer con facilidad. El público general tiende a pensar que los textos escritos en latín están todos ellos disponibles en traducciones a lenguas modernas. Esto es así para la mayor parte de los que se escribieron en la Antigüedad, pero no para los provenientes de la Edad Media, ni mucho menos para los de la Edad Moderna (p. 98).

Como con cualquier otra herencia del pasado, nuestra actitud como sociedad no debería ser cerrar los ojos ante el patrimonio textual latino, sino garantizar su preservación y su accesibilidad (p. 98).

Los avances tecnológicos contemporáneos y la irrupción de la inteligencia artificial exigen que los textos estén preparados de manera que los ordenadores puedan procesarlos, esto es, que estén vertidos a caracteres de texto digital sin ningún

formato [...]. Con los textos procesados en el formato adecuado se abren infinitas posibilidades que pueden adaptarse a múltiples necesidades de investigación (pp. 100–101).

Lograr que la ingente masa del patrimonio escrito en latín se transforme en una biblioteca ordenada, cuyos libros estén disponibles para una lectura e interpretación críticas e integradas en el conjunto de disciplinas científicas que conforman las humanidades, es un paso imprescindible para ganar una visión completa de la historia cultural de Europa (p. 102).

Es, sin duda, refrescante y esperanzador para el estudio de las lenguas clásicas y su proyección social leer estas palabras. Sírvannos para terminar algunos extractos de un debate que se produjo en la *Camera dei Deputati* de Roma en 1962 y que transmite Carl Vossen en su *Madre Latín y sus hijas. Las lenguas de Europa y su origen* (KRK Ediciones, Oviedo 2013 [trads. Fernando Lorda Pérez y Santiago Recio Muñiz], pp. 500–501) y que, por cierto, bien sirven de respuesta para el autor de la cita que reproducíamos al principio de la reseña:

El latín es también «la lengua de la humanidad». [...] Sin el latín la cultura humana se trivializa y pierde su alma. ¿O es que acaso queremos que el cemento y la bomba atómica se coticen más alto que Virgilio y Miguel Ángel? Se dice que el latín no vale para nada. Pero, ¿acaso no resulta todo inútil o útil dependiendo de si quien opina es un miope o un hipermétrope? Un miope, considerando como tal a alguien con estrechez de miras, solo ve las evidencias, para él solo sirve el resultado; la persona con «amplitud de miras» toma también en consideración el fin último. En una época en la que se tiende preferentemente a la consecución del placer y del éxito, las disciplinas tildadas de inútiles resultan tanto más valiosas para la educación cuanto que suponen una especie de «antídoto necesario» contra este materialismo nuestro tan presuntuoso.